

OPERACIONES DE EVALUACION*

DR. CARLOS DIAZ COLLER

Asesor Técnico, Secretaría de Salubridad y Asistencia, México, D. F., México

El término evaluación ha sido usado con muy distintos significados. Parece ser deseable una definición más clara del concepto. Por evaluación se entiende el procedimiento para determinar el valor de algo, relativo a un propósito u objeto dado.

Sin embargo, para los efectos de programas nacionales, conviene precisar bien las definiciones de las palabras evaluación y valorización. Por evaluación vamos a entender toda aquella investigación tendiente a determinar los éxitos o logros de un programa ya desarrollado; por valorización vamos a entender el estudio que cada organismo debe ir efectuando durante el desarrollo de su propio programa para enmendar su camino o para agregar modalidades que se vayan reconociendo como útiles. El primer concepto, evaluación, deberá forzosamente ser realizado por personal enteramente ajeno a la realización del programa, es decir, lo deberá efectuar gente que no tenga ningún nexo ni interés con el éxito o fracaso de lo ya realizado. En esta forma su evaluación será perfectamente imparcial. El segundo término, valorización, ya dijimos que debe ser efectuado por personal del propio programa y tiende a mejorar y a corregir el desarrollo del mismo durante su ejecución. Queda entendido pues que por evaluación vamos a entender en el futuro (y ésta es una medida arbitraria pero necesaria) el estudio de los logros parciales o totales de un programa por personal de una agencia exterior a la que desarrolle el programa, y por valorización vamos a entender el análisis de un programa en desarrollo por su propio personal con el

fin de aquilatar el valor de lo que se está haciendo. Dicho esto podemos continuar nuestra discusión.

En nuestras vidas constantemente estamos haciendo valorizaciones, juzgando el valor de las ideas a la luz de nuestros conocimientos y experiencias, pesando los pros y los contras y seleccionando de entre distintos cursos de acción alternativos. Tanto en nuestro papel personal como profesional, con frecuencia hacemos decisiones sobre la base de juicios ligeros, sin consideración suficiente de los hechos que pueden ser proporcionados o de informaciones que podrían conseguirse.

En el desarrollo de programas, la calidad de las decisiones que hacemos determina en gran medida la efectividad de nuestros esfuerzos. Las mejores decisiones son las que se toman basándose en la mejor información obtenible. Mientras más conocemos una situación, mejor comprendemos el problema, mientras más profundizamos en el razonamiento y conducta de las gentes relacionadas con el caso, sus experiencias pasadas, sus actitudes presentes y su manera de vivir, más probabilidades tendremos de tomar decisiones correctas acerca del programa y de su ejecución. El valor de nuestras propias decisiones dependerá en parte de que nos hayamos hecho las preguntas más convenientes y hayamos reconocido la significación o valor de las variables sobresalientes del problema.

Esto significa que se han diferenciado bien los hechos de las opiniones, los datos fidedignos de los datos supuestos y las presunciones y las hipótesis de los conocimientos y principios establecidos.

En este sentido la evaluación y la valorización de un programa constituyen un proceso continuo que comienza aun antes de

* Trabajo presentado en las Discusiones Técnicas celebradas durante la X Reunión del Consejo Directivo de la Organización Sanitaria Panamericana el día 20 de septiembre. (Véase el Boletín de diciembre, 1957, pág. 549.)

que los planes para el programa se hayan formulado.

El valor de cada decisión en relación con cada punto del programa, dependerá en gran parte de nuestra capacidad para reunir y evaluar y valorizar correctamente distintos tipos de información que puedan ser utilizados para tomar decisiones.

El propósito primero de la evaluación es el de proporcionar estimaciones válidas de la efectividad para lograr los objetivos específicos. Debemos también tener presente un segundo propósito: el dar normas para el desarrollo de los programas. Para obtener ambos propósitos se necesitan dos tipos de estudios: la medida de los logros de un programa, que es la evaluación, y la medida progresiva del mismo que es, como ya lo fijamos arbitrariamente, la valorización.

Una división lógica de cualquier objetivo de programa en metas y submetas específicas permite identificar las etapas intermedias que pueden ser tomadas para lograr el objetivo final. Por ejemplo, si el objetivo general de un programa es controlar la tuberculosis en una colectividad, las metas intermedias serán quizá el encontrar los casos activos de tuberculosis que existan, poner a estos casos en tratamiento, etc. Para extender este análisis un poco más, las submetas pueden incluir el lograr acuerdos acerca de la filosofía o ideas generales que se seguirán para lograr la comprensión y el acuerdo en todo el programa por desarrollar.

Al tratar de evaluar las realizaciones de un programa debe tenerse evidencia objetiva del grado en que el programa haya alcanzado su objetivo establecido. Claramente, tal evaluación sólo puede efectuarse después de que el programa haya estado operando el tiempo suficiente para permitir que se midan los resultados finales. Los planes para esta evaluación deben hacerse desde que se programe el trabajo. Esto es necesario para asegurarse de que las medidas del logro de los programas se relacionen con sus verdaderos objetivos y con los objetivos que fueron acordados desde el

principio, más bien que con objetivos posteriores u ocasionales que se vayan encontrando en el desarrollo del programa. La participación de todos los responsables de la evaluación en el planeamiento de programas ayudará a asegurar tales objetivos definidos de una manera tan precisa que permita su medición y que los criterios que se decidan sean útiles y aceptables para todos los que intervienen.

En nuestro medio son necesarias evaluaciones mejores y más concretas. Así podremos darnos cuenta de si se están obteniendo o no las metas que buscamos. El público tiene derecho a saber si nuestros esfuerzos y medios económicos se están gastando debidamente.

La evidencia válida y concreta de las realizaciones de objetivos sanitarios específicos, a menudo es muy difícil de obtener. Muchas de nuestras metas son amplias y difíciles de medir. Muy seguido, nuestros programas se planean para que produzcan efectos a largo plazo, de manera que los resultados observables no son de esperarse sino hasta que el programa ha estado operando por algún tiempo. Con frecuencia existen múltiples factores más allá de nuestro arbitrio, que pueden influir sobre el resultado de un programa sanitario de tal manera que es casi imposible establecer el éxito de un programa independientemente de otros programas concomitantes. El reconocimiento de estas dificultades para evaluar los logros de los programas no debe ser razón para aminorar su importancia. Con planeamiento cuidadoso, presentando y definiendo mejor nuestras metas y con criterios más rígidos acerca del éxito de los programas, podemos llegar mucho más allá del punto donde nos encontramos actualmente para evaluar el éxito de cada programa en particular; desde luego, siempre y cuando tengamos las bases correctas y la paciencia de esperar a que el programa haya estado operando por un período razonable.

La valorización del progreso de un pro-

grama se dirige hacia la posibilidad de guiar la actividad propia del programa. Este tipo de valorización tiene varias ventajas sobre la evaluación de conquistas concretas de un programa: puede ser hecho en pequeñas unidades, en lugar de evaluar un programa completo; requiere menor inversión en tiempo o personal en cualquier momento dado; da resultados utilizables en el momento en que se les necesite y ayuda a aumentar la probabilidad de que el programa pueda ser efectivo.

Este tipo de valorización requiere obtener datos objetivos para guiar la toma de decisiones en cada fase del desarrollo y ope-

ración del programa. El propósito de obtener los datos es ayudarnos a verificar la propiedad de las decisiones tomadas o de las acciones efectuadas, y proporcionar una base firme para decisiones y acciones futuras. Por ejemplo, podemos tratar de comunicar un mensaje a una persona. Si le pedimos que lo diga en sus propias palabras, o que nos demuestre lo que le hemos tratado de explicar, podremos descubrir que no nos hemos comunicado con éxito. Esto es evaluación. La discusión con esta persona puede identificar las dificultades y posibles soluciones que se pueden intentar mediante medidas a tomar.